



**SIETE VISIONES
DE LA
GARGANTA DE OLDUIVAI**

Mike Resnick

Esta novela corta trata de una expedición arqueológica enviada a la Tierra tras la supuesta extinción de la humanidad. Los arqueólogos extraterrestres estudiarán su ascenso y su caída en el mítico lugar de donde surgió: en el este de África. En el transcurso del estudio, los alienígenas sabrán de la crueldad y la gloria de la historia humana.

Anoche, las criaturas vinieron otra vez.

La luna acababa de esconderse detrás de las nubes cuando escuchamos los primeros crujidos sobre el césped. Entonces, hubo un momento de completo silencio, como si ellos supieran que les estábamos escuchando, y finalmente las risotadas y los chillidos habituales mientras corrían a no menos de cincuenta metros de nosotros y, todavía chillando, hacían poses agresivas.

Me fascinan porque nunca se muestran a la luz del día, y sin embargo no manifiestan ninguna de las características de los verdaderos animales nocturnos. Sus ojos no son demasiado grandes, sus orejas no pueden moverse independientemente y caminan muy pesadamente sobre sus pies. Asustan al resto de los miembros de mi grupo, y aunque tengo curiosidad, tengo que absorber a uno de ellos y estudiarlo.

A decir verdad, pienso que mi modo de absorción atemoriza a mis compañeros más que las criaturas, aunque no hay razón para ello. A pesar de que soy relativamente joven dentro de los estándares de mi raza, soy muchos milenios más viejo que cualquier otro miembro de mi grupo. Cabría pensar, teniendo en cuenta su experiencia, que deberían saber que cualquier rasgo que posea alguien de mi edad debe ser, por definición, un rasgo de supervivencia.

Sin embargo, les molesta. Efectivamente, los deja perplejos, tanto como mi memoria. Por supuesto, la suya me parece muy ineficiente. ¡Me imagino teniendo que aprender todo lo que uno sabe en una sola vida, por ser totalmente ignorante al momento de nacer! Es mucho mejor

salir del padre con sus conocimientos intactos en el cerebro, tal como mi padre los recibió del suyo, y yo, al final.

Pero precisamente por eso estamos aquí: no para comparar semejanzas, sino para estudiar las diferencias. Y nunca hubo una raza tan diferente de todas estas personas como el Hombre. Ya estaba extinto apenas unos diecisiete milenios después de lanzarse audazmente hacia la galaxia desde éste, el planeta de su nacimiento, pero durante ese breve intervalo escribió en la historia galáctica un capítulo que durará para siempre. Reclamó las estrellas como su propiedad, colonizó un millón de mundos, rigió su imperio con una voluntad de hierro. No dio cuartel durante su primacía, y no pidió nada durante su declinación y caída. Incluso ahora, unos cuarenta y ocho siglos después de su extinción, sus logros y sus fracasos todavía excitan la imaginación.

Por eso estamos en la Tierra, en el mismo sitio que se dice que fue el verdadero lugar de nacimiento del Hombre, el barranco rocoso donde cruzó por primera vez la barrera evolutiva, vio las estrellas con ojos nuevos, y juró que serían suyas algún día.

Nuestro jefe es Bellidore, un anciano del pueblo Kragan; piel naranja, vellones dorados, y maneras sabias y pacientes. Bellidore es muy versado en el comportamiento de seres sensibles, y resuelve nuestras disputas aun antes de que sepamos que las hemos comenzado.

También están los Gemelos Stardust, unos de los seres de plata brillante que responden en nombre del otro y terminan las ideas del otro. Han trabajado en diecisiete excavaciones arqueológicas, pero incluso ellos se sorprendieron cuando Bellidore los eligió para esta misión, la más prestigiosa de todas. Actúan como compañeros de vida, aunque no exhiben ninguna característica sexual, pero, como todos los demás, se niegan a tener contacto físico conmigo así que no puedo satisfacer mi curiosidad.

En nuestro grupo también está el Moriteu, quien come la suciedad como si fuera una exquisitez, no habla con nadie, y duerme cabeza abajo, colgado de la rama de un árbol cercano. Por alguna razón, las criaturas siempre lo dejan a solas. Quizás piensan que está muerto, posiblemente sepan que está dormido y que solamente los rayos del sol pueden despertarlo. Sin importar cuál sea la razón, estaríamos perdidos sin él, porque solamente podemos extraer los antiguos artefactos que descubrimos con el cuidado apropiado gracias a los delicados zarcillos que se extienden de su boca.

Tenemos otras cuatro especies con nosotros: un Historiador, una Exobióloga, un Evaluador de artefactos humanos, y una Mística (por lo menos, supongo que ella es una Mística, porque no puedo encontrar ningún patrón en su enfoque, pero esto podría deberse a mi propia falta de previsión. Después de todo, lo que yo hago les parece magia a mis compañeros y sin embargo es una ciencia rigurosamente aplicada).

Y, finalmente, estoy yo. No tengo nombre, porque mi pueblo no hace uso de los nombres, pero para conveniencia del grupo he tomado el nombre de El-Que-Ve por el tiempo que dure la expedición. Éste es un nombre doblemente poco apropiado: soy ningún él, porque mi raza no se divide en géneros; y no soy un espectador, sino un Sensor-de-Cuarto-Nivel. Sin embargo, muy pronto en el viaje pude intuir que «sentir» quiere decir algo muy diferente para mis compañeros que para mí mismo, y en consideración a sus susceptibilidades, escogí un nombre menos exacto.

Cada día nos encuentra otra vez en el trabajo, revisando los diversos estratos. Hay muchos signos de que en la zona alguna vez abundaron cosas vivientes, que antes hubo una verdadera explosión de formas vitales en este lugar, pero hoy queda muy poco. Hay unas pocas especies de insectos y aves, algunos roedores pequeños, y por supuesto las criaturas que visitan nuestro campamento todas las noches.

Nuestra colección ha estado creciendo lentamente. Es fascinante observar a mis compañeros mientras llevan a cabo sus tareas, porque en muchos sentidos son tan misteriosas para mí como mis métodos lo son para ellos. Por ejemplo, nuestra Exobióloga sólo necesita deslizar su tentáculo a través de un objeto para decirnos si era un ser viviente; el Historiador, rodeado por su complejo equipo, puede datar el origen de cualquier objeto, de base de carbono o de cualquier otra, dentro de una década sin importar su estado de conservación; e incluso el Moriteu es una cosa llena de belleza y fascinación mientras separa suavemente los artefactos de los estratos donde han descansado durante tanto tiempo.

Me alegro mucho de haber sido elegido para venir en esta misión.

Ya hemos estado aquí dos ciclos lunares, y el trabajo va despacio. Los estratos más bajos fueron completamente excavados eones atrás (tengo tal interés personal en aprender sobre el Hombre que casi usé la palabra saquear en lugar de excavar, y estoy resentido por no encontrar más artefactos), y por razones aún desconocidas casi no hay nada en los estratos más recientes.

La mayoría de nosotros estamos complacidos con nuestros resultados, y Bellidore está particularmente eufórico. Dice que encontrar cinco artefactos casi intactos hacen de la expedición un suceso incalificable. Todos los demás han trabajado incansablemente desde nuestra llegada. Ahora es casi el momento de desempeñar mi función especial y estoy muy excitado. Sé que mis hallazgos no serán más importantes que los de los demás, pero quizás, cuando los reunamos todos, podamos finalmente empezar a comprender qué hizo que el Hombre fuera lo que fue.

—¿Está usted... —preguntó el primer Gemelo Stardust.

—... listo? —dijo el segundo.

Contesté que estaba listo, que efectivamente había estado ansioso por este momento.

—¿Podemos...

—... observar? —preguntaron.

—Si ustedes no lo encuentran desagradable —respondí.

—Somos...

—... científicos —dijeron—. Hay...

—... poco...

—... que no podamos ver...

—... objetivamente.

Me desplacé a la mesa sobre la que descansaba el artefacto. Era una piedra, o por lo menos eso es lo que parecía ser según mis órganos sensoriales exteriores. Era triangular, y los bordes indicaban señales de trabajo.

—¿Qué edad tiene? —pregunté.

—Tres millones...

—... quinientos sesenta y un mil...

—... ochocientos doce años —respondieron los Gemelos Stardust.

—Ya veo —dije.

—Es por mucho...

—... el más antiguo...

—... de nuestros hallazgos.

Lo miré durante un largo rato, preparándome. Luego, lenta y cuidadosamente, modifiqué mi estructura y permití que mi cuerpo fluyera encima y alrededor de la piedra, envolviéndola y asimilando su historia. Empecé a sentir una deliciosa tibieza cuando se volvió una conmigo, y mientras todos mis sentidos exteriores se cerraban, supe que estaba ondulando y brillando por la emoción del descubrimiento. Me volví uno con la piedra, y en ese rincón de mi mente que queda fuera del Sentimiento, me pareció sentir que la

luna de la tierra se vislumbraba baja y ominosa, justo por encima del horizonte...

* * *

Enkatai se despertó con un sobresalto justo después del amanecer y levantó la mirada hacia la luna, que todavía estaba alta en el cielo. Después de todas esas semanas, todavía le parecía demasiado grande para estar suspendida en el cielo, y pensaba que seguramente se vendría abajo hacia el planeta en cualquier momento. La pesadilla todavía le pesaba en su mente, y trató de imaginarse la visión reconfortante de las cinco pequeñas lunas inofensivas haciendo saltos a través del cielo plateado de su propio mundo. Pudo retener esa visión en su memoria solamente un momento y luego la perdió, siendo reemplazada por la realidad del inmenso satélite encima de ella.

Su compañero se acercó.

—¿Otro sueño? —preguntó.

—Exactamente como el último —dijo, incómoda—. La luna es visible a la luz del día, y luego empezamos a caminar por el sendero...

La miró con simpatía y le ofreció alimento. Ella lo aceptó agradecida, y miró al otro lado de la sabana.

—Sólo dos días más —suspiró—, y entonces podremos dejar este horrible lugar.

—No es un mundo tan terrible —respondió Bokatu—. Tiene muchas buenas cualidades.

—Hemos perdido el tiempo aquí —dijo—. No es apto para la colonización.

—No —aceptó—. Nuestros cultivos no pueden crecer en esta tierra, y tenemos problemas con el agua. Pero hemos aprendido muchas cosas, cosas que al final nos ayudarán a escoger el mundo adecuado.

—Aprendimos la mayoría de ellas durante la primera semana que estuvimos aquí —dijo Enkatai—. El resto del

tiempo fue un desperdicio.

—La nave tenía otros mundos que explorar. No podían saber que seríamos capaces de analizar éste en tan poco tiempo.

Ella se estremeció en el fresco aire matutino.

—Odio este lugar.

—Algún día será un buen mundo —dijo Bokatu—. Sólo aguarda la evolución de los monos marrones.

Mientras hablaba, apareció en la distancia un mandril enorme, de aproximadamente 350 libras de peso, musculoso, con pecho peludo y ojos negros y curiosos. Aun caminando sobre sus cuatro patas era una figura formidable, dos veces más grande que los grandes felinos moteados.

—No podemos usar este mundo —continuó diciendo Bokatu—, pero algún día sus descendientes se extenderán sobre él.

—Parecen tan pacíficos —comentó Enkatai.

—Son pacíficos —afirmó Bokatu, lanzándole un trozo de comida al mandril quien corrió y lo recogió del suelo. Lo olisqueó, consideró si probarlo o no, y finalmente, después de un momento de indecisión, se lo metió en la boca—. Pero dominarán este planeta. Los enormes herbívoros se pasan demasiado tiempo alimentándose, y los predadores duermen constantemente. No, mi elección son los monos marrones. Son animales buenos, fuertes e inteligentes. Ya han desarrollado pulgares, poseen un fuerte sentido de comunidad, e incluso los grandes felinos se lo piensan dos veces antes de atacarlos. Prácticamente, no tienen predadores naturales. —Asintió con seguridad—. Sí, son ellos los que dominarán este mundo en los eones por venir.

—¿No tienen predadores? —dijo Enkatai.

—Oh, supongo que de vez en cuando alguno cae presa de los grandes felinos, pero no los atacan cuando van en grupo. —Miró al mandril—. Ese individuo tiene la fuerza suficiente para hacer pedazos cualquier cosa excepto al felino más grande.

—Entonces, ¿cómo explicas lo que encontramos al final de la garganta? —insistió ella.

—Su tamaño les ha costado alguna pérdida de agilidad. Es natural que alguno, ocasionalmente, caiga por la pendiente y se muera.

—¿Ocasionalmente? —repitió—. Encontré siete cráneos, cada uno hecho añicos, como por un golpe.

—La fuerza de la caída —dijo Bokatu con un encogimiento de hombros—. Seguramente no creerás que los grandes felinos los golpearon antes de matarlos.

—No estaba pensando en los felinos —respondió.

—Entonces, ¿qué?

—En los pequeños monos sin rabo que viven en la garganta.

Bokatu se permitió el lujo de una sonrisa superior.

—¿Te has fijado bien en ellos? —dijo—. Tienen una cuarta parte del tamaño de los monos marrones.

—Me he fijado bien —respondió Enkatoi—. Y ellos también tienen pulgares.

—Los pulgares solos no son suficientes —dijo Bokatu.

—Viven a la sombra de los monos marrones, y todavía están aquí —dijo—. Eso es suficiente.

—Los monos marrones son comedores de frutas y hojas. ¿Por qué tendrían que molestar a los monos sin rabo?

—Ellos hacen algo más que no molestarlos —dijo Enkatoi—. Los evitan. No dan la impresión de ser una especie que algún día se extenderá por todo el mundo.

Bokatu sacudió la cabeza.

—Los monos sin rabo parecen estar en un callejón evolutivo sin salida. Son demasiado pequeños para cazar, demasiado grandes para alimentarse de lo que pueden encontrar en la garganta, demasiado débiles para competir con los monos marrones por mejor territorio. Mi conjetura es que ellos son una especie más temprana y más primitiva, destinada a la extinción.

—Quizás —dijo Enkatoi.

—¿No estás de acuerdo?

—Hay algo en ellos...

—¿Qué?

Enkatai se encogió de hombros.

—No lo sé. Me inquietan. Es algo en sus ojos, creo, una sombra de malevolencia.

—Estás imaginando cosas —dijo Bokatu.

—Quizás —respondió Enkatai otra vez.

—Tengo que escribir unos informes hoy —dijo Bokatu—. Pero mañana te lo demostraré.

A la mañana siguiente, Bokatu se levantó con el sol. Preparó su primera comida del día mientras Enkatai terminaba sus oraciones; luego rezó mientras ella comía.

—Ahora —anunció—, entraremos garganta abajo y capturaremos a uno de los monos sin rabo.

—¿Por qué?

—Para mostrarte qué fácil es. Puedo tenerlo conmigo como una mascota. O quizás sacrificarlo en el laboratorio y aprender más sobre sus procesos vitales.

—No quiero una mascota, y no estamos autorizados a matar a ningún animal.

—Como quieras —dijo Bokatu—. Lo dejaremos ir.

—Entonces, ¿por qué capturar uno, en primer lugar?

—Para mostrarte que no son inteligentes, porque si son tan listos como piensas, no podré capturar ninguno. —La obligó a ponerse de pie—. Empecemos.

—Esto es una tontería —protestó—. La nave llega a media tarde. ¿Por qué no nos quedamos a esperarla?

—Estaremos de regreso a tiempo —respondió con confianza—. ¿Cuánto tiempo puede llevarnos?

Ella miró al cielo azul claro, como si tratara de instar la aparición de la nave. La luna colgaba, inmensa y blanca, por encima del horizonte. Finalmente, se volvió hacia él.

—Muy bien, iré contigo... pero sólo si me prometes observarlos, sin tratar de capturar uno.

—Entonces, ¿admites que tengo razón?

—Decir que tienes razón o no no tiene nada que ver con la verdad de la situación. Deseo que tengas razón, porque los monos sin rabo me asustan. Pero yo no sé si la tienes y tampoco tú.

Bokatu la miró por un largo momento.

—Estoy de acuerdo —dijo por fin.

—¿Estás de acuerdo en que no puedes saberlo?

—Acepto no capturar uno —dijo—. Vámonos.

Camaronaron hasta el borde de la garganta y luego empezaron a bajar por los terraplenes empinados, manteniendo el equilibrio envolviendo sus miembros alrededor de árboles y otros crecimientos. De repente, escucharon un fuerte chirrido.

—¿Qué es eso? —preguntó Bokatu.

—Nos han visto —respondió Enkatai.

—¿Qué te hace pensar así?

—He escuchado ese grito en mi sueño... y la luna estaba siempre como ahora.

—Extraño —reflexionó Bokatu—. Los he escuchado muchas veces, pero de algún modo parecen más ruidosos esta vez.

—Quizás hay mayor cantidad de ellos aquí.

—O quizás están más asustados —dijo. Echó un vistazo hacia arriba—. He aquí la razón —dijo, señalando—. Tenemos compañía.

Ella levantó la mirada y vio a un enorme mandril, el más grande que hubiera visto, siguiéndolos a una distancia de cincuenta pies. Cuando sus ojos se cruzaron con los suyos, gruñó y los apartó, pero no hizo ningún intento de acercarse o alejarse.

Continuaron bajando, y siempre que paraban para descansar, el mandril estaba a los cincuenta pies de distancia acostumbrados.

—¿Te parece asustado? —preguntó Bokatu—. Si esas pequeñas criaturas enclenques pudieran hacerle daño, ¿estaría siguiéndonos hacia la garganta?

—Hay una línea delgada entre el valor y la imbecilidad, y una línea aun más fina entre la confianza y la temeridad —respondió Enkakai.

—Si ha de morir aquí, lo hará como todos los otros —dijo Bokatu—. Perderá pie, se caerá y morirá.

—Tú no ves extraño que cada uno de ellos se cayera de cabeza —dijo suavemente.

—Se quebraron cada hueso del cuerpo —respondió—. No sé por qué sólo consideras las cabezas.

—Porque no se causan heridas idénticas en la cabeza en accidentes diferentes.

—Tienes una imaginación hiperactiva —dijo Bokatu. Señaló a una pequeña figura peluda que les estaba mirando—. ¿Te parece algo que pueda matar a nuestro amigo aquí?

El mandril lanzó una mirada furiosa garganta abajo y gruñó. El mono sin rabo miró hacia arriba sin mostrar miedo o interés. Finalmente se arrastró dentro de un denso arbusto.

—¿Lo ves? —dijo Bokatu con suficiencia—. Un vistazo al mono marrón y se retira fuera de la vista.

—No me parecía asustado —señaló Enkakai.

—Una razón más para dudar de su inteligencia.

En unos pocos minutos más llegaron al sitio donde había estado el mono sin rabo. Hicieron una pausa para recuperar fuerzas, y luego continuaron por el fondo de la garganta.

—Nada —anunció Bokatu, mirando a su alrededor—. Mi conjetura es que el que vimos era un centinela, y que toda la tribu está a millas de aquí.

—Observa a nuestro compañero.

El mandril había llegado al fondo de la garganta y estaba oliscando el viento tensamente.

—Aun no ha cruzado la barrera evolutiva —dijo Bokatu, divertido—. ¿Esperabas que busque predadores con un sensor?

—No —dijo Enkatai, observando al mandril—. Pero si no hay peligro, espero que él se relaje, y no lo ha hecho todavía.

—Probablemente ésa sea su manera de vivir lo suficiente para crecer tanto —dijo Bokatu, desestimando sus comentarios. Miró a su alrededor—. ¿Qué podrían encontrar aquí para comer?

—No lo sé.

—Quizás deberíamos capturar uno y diseccionarlo. El contenido de su estómago podría decirnos mucho sobre eso.

—Lo prometiste.

—Sin embargo, sería tan simple —insistió—. Todo lo que tendríamos que hacer sería ponerles una trampa con frutas o nueces.

Repentinamente, el mandril gruñó, y Bokatu y Enkatai se giraron para buscar la razón de su cólera. No había nada allí, pero el mandril se puso cada vez más frenético. Finalmente, trepó por la garganta a toda prisa.

—Me pregunto qué fue todo eso —meditó Bokatu.

—Creo que debemos irnos.

—Tenemos medio día antes de que la nave regrese.

—Estoy incómoda aquí. En mi sueño, bajaba por un sendero exactamente como éste.

—No estás acostumbrada a la luz del sol —dijo—. Descansaremos dentro de una cueva.

Ella le permitió de mala gana que la llevara hasta una pequeña cueva en la pared de la garganta. Se detuvo bruscamente; no iría más allá.

—¿Cuál es el problema?

—Esta cueva estaba en mi sueño —dijo—. No entres en ella.

—Debes aprender a no permitir que los sueños controlen tu vida —dijo Bokatu. Olfateó el aire—. Hay un olor extraño.

—Volvamos. No queremos tener nada que ver con este lugar.

Él metió la cabeza en la cueva.

—Nuevo mundo, nuevos olores.

—¡Por favor, Bokatu!

—Déjame ver qué causa ese olor —dijo, dirigiendo la luz dentro de la cueva. Iluminó una pila inmensa de cuerpos, muchos de ellos a medio comer, la mayoría en variados estados de descomposición.

—¿Qué son? —preguntó, acercándose.

—Monos marrones —respondió ella sin mirar—. Cada uno con la cabeza aplastada.

—¿Esto era parte de tu sueño también? —preguntó, repentinamente nervioso.

Enkatoi asintió.

—¡Debemos salir de este lugar ahora mismo!

Caminó hasta la boca de la cueva.

—Parece seguro —anunció.

—Nunca es seguro en mi sueño —dijo con inquietud.

Dejaron la cueva y recorrieron unas cincuenta yardas hasta llegar a una pendiente en el fondo de la garganta. Mientras la seguían, se encontraron de frente con un mono sin rabo.

—Uno de ellos parece haberse quedado atrás —dijo Bokatu—. Lo asustaré. —Recogió una roca y la lanzó al mono, que se agachó pero no huyó.

Enkatoi le tocó el hombro con urgencia.

—Más de uno —dijo.

Levantó la mirada. Otros dos monos sin rabo estaban en un árbol casi directamente encima de su cabeza. Mientras se hacía a un lado, vio a otros cuatro saliendo del arbusto hacia ellos. Otro emergió de una cueva, y tres más se bajaron de unos árboles cercanos.